

El año del naufragio

José Luis Gordillo

Declaración de derrota

El 6 de diciembre de 2006, el denominado Grupo de Estudios sobre Iraq hizo público un informe en el que se recomendaba abrir negociaciones con Siria e Irán —dos estados del «eje del mal»— y retirar las tropas estadounidenses a principios de 2008. Fue, sin lugar a dudas, una auténtica declaración de derrota, de estrepitoso y monumental fracaso. El propio Bush lo corroboró, en una entrevista publicada unos días más tarde, al afirmar que Estados Unidos no estaba «ganando» en Iraq.¹

El citado informe se dio a conocer después de que el partido republicano perdiera el control de las dos cámaras en las elecciones legislativas «de medio mandato». En un intento por calmar a la opinión pública, Bush decidió destituir al secretario de Defensa Donald Rumsfeld, un peso pesado de su gobierno y un estrecho colaborador de Richard Cheney. Una medida inútil, ya que un sondeo de la CBS realizado unos días después —entre el 8 y el 10 de diciembre— le daba un apoyo a su persona de sólo el 35% de la población norteamericana y un todavía más reducido apoyo del 25% a su política en Iraq. Por otra parte, según una encuesta Gallup dada a conocer a mediados de diciembre,² el 62% de los norteamericanos estimaba un error haber enviado tropas a ese país, el 60% consideraba que esa guerra había empeorado la imagen de EE UU en el mundo y el 55% se declaraba partidario de la vuelta a casa de las tropas. Entre los aliados europeos de EE UU, de acuerdo con la misma encuesta, los porcentajes sobre esta última cuestión eran mucho más elevados: 80% a favor de la retirada en Alemania y España, 83% en Gran Bretaña, 90% en Francia.³

El cambio de la opinión pública estadounidense presagia problemas futuros para Bush y sus cómplices. De entrada ese hecho amplificará y agravará los inevitables escándalos derivados del desastre iraquí. Uno que puede estallar a lo largo de 2007 puede tener que ver con los efectos de los proyectiles de uranio empobrecido, dado que también afectan a los propios soldados estadounidenses. Otro posible puede estallar a raíz del siguiente hecho: el 10 de octubre de 2006, la base militar «Falcón», ubicada al sur de Bagdad, fue atacada por la resistencia iraquí con fuego de morteros y lanzagranadas.⁴ La base era el mayor almacén de armamento de los invasores y en ella se alojaban alrededor de 3.000 soldados. Los disparos de los atacantes hicieron blanco en el polvorín, provocando varias explosiones que, según parece, causaron más de 300 bajas entre los soldados estadounidenses. Existen filmaciones de ese ataque que circulan por internet y que apenas han sido retransmitidas por las televisiones occidentales, lo que, por cierto, permite hacerse una idea cabal del nivel de censura existente. En una de ellas se puede observar una inmensa explosión que recuerda a la de un hongo atómico. Este hecho ha generado muchas especulaciones en la red, incluidas las de quienes sostienen que eso se debió al estallido de una «Tactical Nuclear Weapon» de 0,1 kilotones de potencia (equivalentes a 100 toneladas de TNT), esto es, de una bomba atómica de tamaño reducido. Si eso se confirmase y se diese a conocer al gran público, ¿cómo reaccionaría la llamada «comunidad internacional», ¿y la propia sociedad norteamericana?

En cualquier caso no es fácil pronosticar cómo va a afrontar el núcleo dirigente estadounidense su evidente derrota. Podría consistir en una aceptación realista del

fracaso de sus planes y de sus inevitables consecuencias, lo que, de una manera o de otra, implica aceptar el multilateralismo (negociar con Siria e Irán supone implicar indirectamente a Rusia y China en el asunto) y aparcar el proyecto de convertir el siglo XXI en otro siglo XX, es decir, en otra centuria en que la hegemonía norteamericana fuera indiscutible. Ese cambio de rumbo comporta que la arrogante y brutal oligarquía estadounidense acepte que «el imperio cayó mientras ascendía» —para decirlo con la irónica expresión de Jonathan Schell—, lo que no deja de ser un hecho muy difícil de digerir. Por eso la aludida reacción también puede consistir en una huida hacia delante, como de algún modo han anunciado el ataque israelí contra el Líbano, los sucesivos intentos de reabrir la guerra civil en ese país, la decisión de enviar más soldados a Iraq, el incremento del despliegue naval en el Golfo Pérsico y la escalada verbal, política y militar contra Irán que ha culminado, por ahora, en la imposición de sanciones por el Consejo de Seguridad de la ONU.

Por muy desastrosa que sea la campaña en Iraq, al gobierno de Washington le resulta muy arduo renunciar a alcanzar una posición dominante en Oriente Medio, el epicentro del sistema energético mundial, mientras siga siendo tan elevada la petrodependencia de la sociedad norteamericana y del resto de sociedades occidentales. Una buena muestra de ello es la recomendación hecha por el Grupo de Estudios arriba mencionado acerca de la necesidad de que el gobierno norteamericano ayudase a elaborar una ley de hidrocarburos en Iraq, la cual debe generar un contexto legal y fiscal «favorable» a la inversión privada en ese desgraciado país. Que esto tiene que ver con el asunto principal que se dirime con la aventura iraquí, lo reconoció a contrario el propio Bush en su discurso sobre el estado de la Unión de enero de 2006, al declarar abiertamente que Estados Unidos debe reducir su adicción al petróleo y anunciar que la administración norteamericana iba a invertir 10.000 millones de dólares en desarrollar fuentes alternativas de energía (entre las que mencionó explícitamente la derivada del carbón «con emisión cero», la solar, la eólica y lo que denominó, para deleite de sus muchos críticos, la «energía nuclear no contaminante»). Asimismo, el presidente de la primera potencia mundial explicó que se debía invertir mucho más dinero en investigación sobre automóviles movidos con electricidad, hidrógeno y etanol. Todo lo cual permitiría a EE UU —dijo— reemplazar para 2025 el 75% de las importaciones de petróleo del Oriente Medio e «ir más allá de una economía basada en el petróleo», así como «hacer de nuestra dependencia del petróleo de Oriente Medio una cosa del pasado».⁵ Todos los ecopacifistas haríamos nuestra esa declaración de intenciones, exceptuando, por supuesto, la curiosa alusión a esa quimera llamada «energía nuclear no contaminante». Claro que si ese es el objetivo hacia el que debe tender la sociedad norteamericana, ¿por qué gastar entonces cerca de un billón de dólares en provocar la muerte de 600.000 personas para de esta forma poder controlar sus reservas de petróleo?, ¿no se podría haber invertido esa enorme suma de dinero en las investigaciones citadas por el propio Bush y, de paso, haber dejado vivir en paz a millones de personas en Oriente Medio? La verdadera derrota del gobierno de los EE UU —y de todos los «americanistas»— reside en que cualquier persona sensata y con un mínimo sentido de la piedad contestará inmediatamente que sí a la segunda pregunta.

Consecuencias de las movilizaciones

Las movilizaciones masivas reflejan movimientos tectónicos de la opinión pública. La adhesión a sus motivos básicos no duran lo que dura una campaña, sino que se prolonga a lo largo del tiempo salvo que ocurra algo que obligue a cambiar de posición. Si eso no

sucede, que no haya una asistencia masiva a la siguiente manifestación por el mismo asunto no se debe, en la inmensa mayoría de los casos, a un vuelco espectacular de la opinión pública, sino a causas diversas que pueden tener que ver, por ejemplo, con la percepción de su utilidad o con el carácter excepcional que muchas personas atribuyen al acto de manifestarse. En el caso de las movilizaciones contra la invasión y ocupación de Iraq, todo lo que ha ocurrido después de 2003, lejos de provocar un cambio de punto de vista, no ha hecho más que reafirmar en su inicial toma de posición a sus muchos opositores. El gobierno norteamericano perdió la batalla de la opinión pública internacional antes de la invasión y nunca ha conseguido revertir ese fenómeno. Es más, la oposición internacional ha alimentado la oposición interna, la cual ha acabado por ganar para su causa a la mayoría de la sociedad norteamericana.

Los efectos duraderos de las movilizaciones se han dejado sentir durante 2006 de diversas maneras. Aunque con una asistencia inferior a años anteriores, todavía fue posible convocar manifestaciones con motivo del aniversario del inicio de la invasión. Entre el 17 y el 21 de marzo, se llevaron a cabo actos de protesta en 240 ciudades de los cinco continentes, entre los que cabe mencionar los de Roma, Londres, Berlín, Bruselas, Atenas, Oslo, París, Praga, Budapest, Ámsterdam, Dublín Helsinki, Estambul, Lisboa, Sidney, Adelaida, Melbourne, Honolulu, Yakarta, Caracas, Santiago de Chile, São Paulo, Bagdad, Bangkok, Karachi, Kuala Lumpur, Manila, Tokio y Seúl, así como los realizados en 144 ciudades y pueblos de los Estados Unidos. En España, hubo concentraciones, conciertos o manifestaciones en Madrid, Barcelona, Bilbao, Córdoba, Jaca, Zaragoza, Burgos, Valladolid, Oviedo, Gijón, Alicante, Santa Cruz de Tenerife, Girona, Tarragona, Marbella, Las Palmas de Gran Canaria y San Sebastián, entre otras poblaciones. Aunque se valoren dichos actos como meramente testimoniales, para calibrar su auténtico significado es preciso reparar en que no hay ninguna otra causa en este momento que consiga una movilización planetaria y nacional de esa amplitud. A eso se añade la rápida capacidad de respuesta ante la invasión del Líbano de la que dio muestras el movimiento en julio, a las puertas de la canícula y de las vacaciones de verano. Tras el inicio de la agresión israelí contra el Líbano hubieron marchas de protesta en más de 11 ciudades británicas, en Estocolmo, en Sydney, en Tel Aviv y en El Cairo. En España, hubo manifestaciones y concentraciones de miles de personas en Madrid, Barcelona, Valencia, Zaragoza, Valladolid y Málaga. En algunos casos, como en Barcelona, esa movilización continuó hasta los primeros días de octubre con concentraciones semanales. Esta capacidad de reacción no se puede explicar sin tener en cuenta el peso dejado por las movilizaciones de los cinco años anteriores.

Ahora bien, el resultado práctico de esas movilizaciones contra la agresión al Líbano fue ambiguo. Por un lado, el movimiento contribuyó a deslegitimar la enloquecida política belicista del Estado de Israel. Por el otro, no fue capaz de contestar abiertamente el contenido de la Resolución 1701 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, con la que se consiguió el cese de los combates, pero que, lejos de sancionar al Estado de Israel por su flagrante violación del Derecho Internacional, estableció el desarme de Hezbolá como el objetivo prioritario para alcanzar la paz y la seguridad en la zona. En consecuencia, el Consejo de Seguridad y todos los países que han aportado tropas para constituir la FINUL (las Fuerzas de Interposición de Naciones Unidas en el Líbano) no han hecho más que aportar su granito de arena para acabar el trabajo que empezó Israel. La actitud del gobierno español fue un retrato fiel de esta ambigüedad. Criticó primero la «desproporcionalidad» de la acción israelí de supuesta respuesta al secuestro de dos soldados (en una zona repleta de detenciones arbitrarias y cárceles

llenas a rebosar de presos políticos) y a continuación envió a más de 1.100 soldados a la zona con el compromiso de no actuar *directamente* contra Hezbolá, pero sí de ayudar a aplicar la Resolución 1701. La novedad es que esta vez contó con el apoyo de fuerzas políticas tradicionalmente hostiles al envío de tropas al extranjero, como Izquierda Unida y el PCE.

A parte de eso, en abril de 2006 también se decidió aumentar ligeramente —150 efectivos más— el número de soldados españoles enviados a Afganistán. Como se sabe, este país ha sido víctima de dos grandes intervenciones imperialistas en las tres últimas décadas, la de la URSS y la de EE UU. En ambos casos los planes de los invasores se han visto enfrentados a una tenaz resistencia que provocó primero la derrota de los ejércitos soviéticos y que ahora también está provocando el empantanamiento de las tropas de la OTAN. A lo largo de 2006, en ese país murieron más de 2.000 personas en diversos enfrentamientos armados. Además, en junio se decidió el envío de 130 legionarios al Congo, en principio para ayudar a supervisar la limpieza de unas elecciones. Si se suman todos los soldados destacados en misiones en el extranjero, esto es, los enviados a Haití, Bosnia, Congo, Afganistán, el Líbano, Etiopía-Eritrea, Sudán y otros dos o tres países más, el número total se acerca al límite legal de 3.000 fijado en la etapa de Aznar (tras haber alcanzado entonces el máximo histórico de 3.600 soldados). A eso cabe añadir el incremento del presupuesto militar, que este año ha alcanzado el 12% de los Presupuestos Generales del Estado, y el hecho que España se convirtiese en 2006 en el segundo país de la OCDE que más aumentó su presupuesto en investigación militar.

La conclusión de todo ello es sorprendente. Salvo en la decisión de retirar las tropas de Iraq, el gobierno de Zapatero no se ha apartado gran cosa de las políticas tradicionales en política exterior y de defensa adoptadas tras la entrada de España en la OTAN y en la CEE. Y, si nos hemos de creer los resultados del barómetro de diciembre del Real Instituto Elcano, con el apoyo mayoritario de la población, ya que según ese sondeo el 60% está de acuerdo, por ejemplo, con la presencia de tropas españolas en Afganistán, frente a un 26% en contra, y el 63% está de acuerdo con el envío de tropas al Líbano, frente a un 30% que se opone. Los sentimientos pacifistas de la población española son, por tanto, tan ambiguos como los del gobierno, y compatibles con el «colonialismo humanitario», por más que, como dice el Movimiento de Objeción de Conciencia, «si marcas donde están los diamantes, las rutas comerciales y el petróleo, ahí es donde están las tropas».⁶

Si la opción estratégica de Washington consiste en una huida hacia delante, ésta sólo puede ser viable si va acompañada de un incremento de la intensidad de la propaganda bélica. Ésta bien puede consistir en potenciar y espolear una combinación de «imperialismo humanitario» e islamofobia. La forma en que se ha intentado justificar la intervención occidental en el Líbano es un buen ejemplo de lo primero. Y de lo segundo, a lo largo de 2006, ya hemos visto algunos precedentes. Ya fuera como consecuencia de la amplificación mediática de las reacciones airadas ante la publicación de unas caricaturas de Mahoma, de algunos casos de autocensura en determinados espectáculos o por una conferencia del Papa de Roma sobre el carácter intrínsecamente violento del credo islámico —que coincidió en el tiempo con los discursos de Bush sobre el «fascismo islámico»—, lo cierto es que los sentimientos racistas en contra de los musulmanes van ganando audiencia social. Y éstos sólo se pueden contrarrestar mediante nuevas movilizaciones que den visibilidad a todos aquellos que rechazan ese

nuevo tipo de racismo y que son conscientes que no es precisamente con invasiones y ocupaciones militares como se puede contrarrestar el incremento del extremismo islámico.

De nuevo, el exterminismo

La actividad armada de la insurgencia iraquí ha sido causa determinante del naufragio del proyecto imperialista estadounidense. Asimismo, la resistencia armada de Hezbolá ha sido crucial para poder valorar como un fracaso el intento de ocupación del sur del Líbano por el ejército israelí. En Oriente Medio, pues, la violencia sigue siendo «la partera de la historia».

Hace cien años una afirmación de esta naturaleza no habría provocado demasiada inquietud entre los enemigos anarquistas, comunistas o socialistas del capitalismo. Simplemente se hubiera visto como una nueva confirmación de lo ya sabido, de una verdad obvia e incontestable. Sin embargo, a principios del siglo XXI, la constatación de ese hecho debería causar cuando menos preocupación y desasosiego.

Supongamos que en Iraq, como ocurrió en el Irán con motivo de la caída del sha, triunfase finalmente la resistencia antiimperialista, para lo cual con carácter previo, dicho sea de paso, debería ser capaz de unirse y formular un programa común que fuese aceptable para la mayoría de la población. Pero si eso ocurriese, en Iraq surgiría un nuevo Estado decididamente hostil a EE UU y a Israel. No hace falta ejercer de profeta para dar por sentado que, desde el principio y con independencia de su ideología y de su programa político, ese nuevo poder debería hacer frente a las amenazas de EE UU y sus aliados. ¿Cómo debería defenderse ese nuevo Estado de sus más que probables enemigos?, ¿con un ejército convencional dotado de armas convencionales? No, más bien la experiencia reciente le induciría a dotarse de armas nucleares lo más rápidamente posible. Desde la lógica militar tradicional, sólo la amenaza de utilizar ese tipo de armas parece un medio eficaz para impedir la agresión armada de la maquinaria militar más poderosa del mundo. Al menos esa es la lección que parecen haber extraído los dirigentes de Corea del Norte y que, en octubre de 2006, ha cristalizado en una prueba nuclear exitosa. Claro que, a continuación, todos los estados vecinos de ese nuevo Iraq atómico comenzarían, a su vez, a rearmarse. El resultado global sería una nueva carrera de armamentos nuclear en la zona más caliente y peligrosa del mundo.

En los años ochenta el historiador británico E.P. Thompson propuso la categoría de «exterminismo» para describir y explicar la carrera de armamentos entre EE UU y la Unión Soviética. Estimaba que ese concepto era más útil que otros utilizados tradicionalmente por la izquierda comunista, socialista o anarquista, como «militarismo», «imperialismo» o «lucha de clases a escala internacional». Sus tesis sobre el «exterminismo» venían a decir que, con independencia de la voluntad política de los dirigentes de los dos bloques militares, varias décadas de carrera armamentista habían generado un conglomerado de intereses que objetivamente presionaba en la dirección de una guerra nuclear general. De ahí que también afirmase que el «exterminismo» era «el último estadio de la civilización». Las tesis de Thompson generaron una intensa polémica entre los intelectuales europeos de izquierda. No es el momento de resumir su contenido. Basta decir que al final de la misma Thompson se mostró favorable a abandonar dicha categoría siempre y cuando no se olvidasen los problemas a los que apuntaba.

El movimiento antiguerra y el altermundismo parecen haber olvidado las dos cosas, el concepto y los graves asuntos que éste pretendía describir y explicar. Resulta urgente, por tanto, volver a situar en el centro de nuestros análisis la evolución de la carrera armamentística, la proliferación nuclear, la actividad de los «complejos militares-industriales» o las inversiones en investigación militar. Y volver a hablar de la guerra y de la paz como un problema de especie y no sólo de clase o de enfrentamiento Norte/Sur.

[1] *El País*, 21-12-2006.

[2] *El País*, 13-12-2006.

[3] *Le Monde*, 22-12-2006.

[4] Ese ataque era uno de los numerosísimos ataques que, según fuentes del propio Pentágono, han venido padeciendo los soldados estadounidenses y sus aliados iraquíes durante el último cuatrimestre de 2006. Según dichas fuentes, de agosto a noviembre se produjeron 960 ataques a la semana, lo que se traduce en 137 ataques diarios como media. Véase *El País*, 20-12-2006.

[5] Ver el texto íntegro del discurso en <http://usinfo.state.gov/esp/Archive/2006/Feb/01-301903.html>.

[6] Ver declaraciones del MOC en *Diagonal*, nº 45